

# LOS INMIGRANTES PROSPEROS

## EL ESPAÑOL EN LAS PAMPAS Y EL ESPAÑOL EN BUENOS AIRES

*por Francisco Grandmontagne*

Al salir del gran Estuario y ganar el trasatlántico el mar libre, en retorno a Europa, subo a cubierta con el deseo de observar, en rápido vistazo, superficial y somero, el aspecto de la muchedumbre con quien he de convivir durante veinte días bajo la infinita bóveda azul y sobre las azules aguas del piélago abismal. El tiempo transcurrido en la travesía del Rio de la Plata ha sido empleado en el examen y arreglo de los atavíos de invierno y verano que hemos de usar durante el viaje, tratando de deslumbrarnos unos a otros, en mutua competencia de elegancia. El elemento femenino, sobre todo, se ha entregado en sus camarotes a una minuciosa y laboriosísima tarea que le ha impedido aparecer por cubierta en toda la tarde.

La verdadera elegancia no conste en que aquello que nos ponemos nos mejore, sino en mejorar aquello que nos ponemos. Quiero decir que no es el arte de sastre y modistas lo que nos hace elegantes, sino el haber surgido de los talleres de la Naturaleza dotados de una figura agraciada, de un cuerpo airoso y flexible, de miembros armónicos, de una estructura ósea y carnal, en una palabra que nos permita ser la viviente representación del arte máximo del Creador. Y ello no se logra tampoco con solo la hermosura física. Necesario es que ésta se halle animada por el espíritu, pues existe un genero de belleza inane, inexpresiva, simbolizada por un aval de corral cuyo pomposo y luciente plumaje constituye las galas de la insulsez. Refiriéndose a la mujer, decía Ninón de Lenclos –gran voto en la materia- que la hermosura sin gracia es como un anzuelo sin cebo.

La estrecha convivencia en un barco hace que todos, hombres y mujeres, pongamos mayor cuidado en nuestro adorno personal, sometido a mutuas, constantes y escudriñables miradas. Por otra parte, el lujo a bordo es la forma reveladora del grado en que hemos conseguido realizar la conquista de América. Y no faltan sobre este punto simulaciones pintorescas.

\*\*\*

Terminado el pequeño malestar, después de algunos coscorrónes contra los diminutos muebles del cubículo flotante, soy de los primeros en subir a cubierta. El pasaje es cosmopolita; pero en esta Babel, lingüística, el castellano, lo mismo que en tierra, realiza su función eliminadora y absorbente. Gracias a Castilla tenemos un gran artículo de exportación: la lengua ¡Qué industria formidable la de Burgos y Palencia!...

A penas doy algunos pasos, una mano efusiva y cordial me detiene:

- ¡Señor Grand...! ¿para España?
- Sí, señor.
- ¡Cuánto celebro que seamos compañeros de viaje!...

Disputamos un poco, en competencia de amabilidades, sobre quién lo celebra más, conviniendo al fin, en que la celebración, la complacencia y el regocijo son mutuos.

-¡Qué D. Francisco!...

-¡Vaya con D. Gabino! Con que ... a la tierra, ¿eh? ¿Y para mucho tiempo?

-Depende, amigo, de cómo vaya por allá. Hace cincuenta y un años que vine; era un "pibete" (chiquillo). Ya no me conoce nadie, ni conozco yo a nadie. Seré un "gringo" en mi aldea. (Don Gabino habla como un gaucho pampero.) He dejado todas las cosas arregladas, y no tengo prisa. Pero quedan ahí (señalando Buenos Aires) hijos, nueras, yernos, nietos, socios, "habilitados" (interesados en sus negocios), ¡un mundo, amigo, un mundo! Y yo he sido y soy el padre de todos. ¡Qué sé yo cuántos han venido a despedirme! Ha sido una escena terrible. Y no bien ha empezado a "caminar" el vapor, he sentido, mi amigo, unas ganas locas de volverme. ¡Qué cosas! ¿No? Tira mucho esa tierra.

-Mucho, D. Gabino, tira mucho.

-Y luego ¿qué quiere, mi amigo, que haga yo en Europa? Después de visitar mi aldea, no me queda más programa que mandarme mudar otra vez para la Pampa. Mi yerno, el doctor Ardilleja..., ¡ilindo criollo!... ¿Le conoce usted?

-De nombre.

-Vale mucho. Se lo "garanto". Pues me ha hecho una lista de los monumentos principales de toda Europa para que los visite. El los conoce

todos, porque ha hecho ya tres viajes con mi hija; el primero cuando se casaron. Yo les di plata y les dije: "Váyanse a "farrear" (de juerga), muchachos, ahora que son jóvenes. Estuvieron en todas partes, menos en mi pueblo. ¡Claro amigo! ¡Que iban a hacer en mi pueblo, una pequeña aldeíta, perdida allá, en la gran flauta en las montañas de Asturias, donde San Juan perdió el poncho? Preferían París; ino hay que hacerle, mi amigo! Es humano. En cambio, yo voy a ver mi pueblo ants que los monumentos. Porque, dígame, compadre: ¿para qué voy yo a ver monumentos si no entiendo una palabra? Para apreciar esas cosas hay que entenderlas; hay que haber estudiado. Y uno no ha tenido tiempo, ni principios. No ha hecho uno más que trabajar y juntar plata para que los hijos criollos sepan algo más que uno, porque, amigo, hasta para saber algo hay que tener algo. Por eso les digo siempre a mis muchachos, a mi hija y al doctor: "Para que ustedes sepan lo que saben, me he jorobado yo toda la vida". Así que ahora yo también voy a disfrutar un poco del mundo. Y le he dicho a mi vieja: "¡Agárrate, Catalina, que vamos a galopiar!" ¡Qué le parece, D. Francisco?

-Muy bien hecho, D. Gabino.

-Y he tomado un camarote de todo lujo, como si fuera Anchonera. Una vez que sale uno de casa, no hay que andar con miserias. Pero ¡como están los pasajes, amigo! Mil quinientos pesos oro, tres mil nacionales, el precio de treinta novillos de frigorífico, he pagado por el camarote. Es verdad que tenemos, para la patrona y para mi, una salita para recibir (tomaremos té allí cuando usted quiera), alcoba, cuarto de baño, en fin, una pequeña casita. Pero es un poco caro todo esto –agregaron cierto deje de arrepentimiento.

-¿Y qué le importa a usted? ¿Para qué quiere la plata, si no es para darse estos gustos?

-Lo mismo opina el doctor Ardilleja. "Vea viejo –me ha dicho-; la vida no se vive mas que una vez". Es muy profundo mi yerno.

- ¡Le harán un gran recibimiento en su pueblo!

- En varias ocasiones les he girado alguna plática. El cura me escribe siempre: que si la torre, que si las campanas ... Creo que todo se ha arreglado. Pero yo le contesto siempre: "Emplee la plata en la escuela y déjese amigo de campanas" Allá tengo, en la Pampa una porción de muchachos del pueblo, recomendados del cura; pero llegan, amigo, sin saber nada, completamente "chúcaros". En España hace falta instrumentación. Los gobiernos españoles, amigo, no sirven ni para tacos de escopeta. Allá , en la Pampa Central, tenemos mejores escuelas que en España.

Luego dando a sus palabras un tono misterioso me dice:

-¿Sabe usted quién viene también a bordo? Ante mi silencio indiferente, agrega: Don Toribio Rodríguez. Y parece mentira que un hombre tan platudo viaje como viaja: ha tomado un camarote que no es ni la mitad del mio. Y representando lo que él representa..., director constantemente del Banco Español; porque no hay, amigo, ¡qué esperanzai quien le saque del directorio desde hace no sé cuantos años...; a mí me daría vergüenza viajar así. Por honor del mismo Banco debía haber tomado el mejor camarote. Porque hay que honrar, amigo, a las instituciones a que uno pertenece, aunque le cueste a uno rascarse para afuera. Pero Rodríguez es un amarrete de la gran flauta...

\*\*\*

Don Gabino Fernández, mi amigo, y Don Toribio Rodríguez, son los representantes de las dos formas o maneras de comercio más típicas y comunes entre los españoles establecidos en la Republica Argentina, y, en general, en Sudamérica.

Don Gabino se inició en la Pampa Central; dependiente de pulpería al llegar en su edad infantil; dueño de ella, después de pocos años de labor asidua; montó luego un gran almacén, agregando ferretería depósito de maderas y materiales de construcción, etc. Pronto dio vuelo a los negocios, acaparando los frutos de la zona: lanas, trigo, maíz, cueros. Por último hizose dueño de una formidable extensión de campo, de un colosal latifundio pampero que ha centuplicado su valor en el transcurso de treinta años. En torno de la casa de comercio, sita en el desierto, en el cruce de dos caminos, por donde habían de llegar paulatinamente las inmigraciones agrarias, se formó un pueblo que lleva su nombre, "Gabino Fernández", fundado así para sus descendientes un honroso patriciado. Llamarse Fernández en "Gabino Fernández" significa ser un Fernández excepcional, con el cual no pueden compararse los demás linajes del mismo apellido que en el mundo existan. Y así se explica que a D. Gabino le atraiga mucho más "Gabino Fernández" que su aldea natal, a la cual se dirige ahora, después de cincuenta y un años de ausencia. El hombre, más que de donde nace, es de donde funda. Nada nos vincula tanto como la propia obra, cuyos cimientos nos hicieron sufrir, sudar, soñar, gozar y triunfar. D. Gabino ya no es astórico, sino de "Gabino Fernández". No importa la desmembración que sufre Pedrajas, porque allá, en el centro de la Pampa, en "Gabino Fernández", se prolonga la España grande, la España Superior, la España inmortal. A los antiguos epónimos españoles, a los fundadores que vincularon sus nombres a los primitivos poblados del Continente, se unen a los creadores de nuevos pueblos en que florece la

riqueza agrícola y pastoril. Y estos modernos fundadores, "pionniers" de la civilización, no son capitanes, adelantados o virreyes. Son humildes hijos del pueblo que salieron mocetes de las aldeas peninsulares, hostigado por la miseria general de un país gobernado por la ignorancia y por la barbarie. Pero sálvanos el genio inexhaustible de la raza. Y así la España disminuida por la expulsión, la engrandecen los expulsados con el esfuerzo de sus fundaciones en toda la vasta extensión de Sudamérica. Los emigrantes y no Cánovas, son los continuadores de la historia de España. ¡Viva mi amigo, el fundador de "Gabino Fernández"!...

\*\*\*

Don Toribio Rodríguez se formó en el comercio urbano, en Buenos Aires. Entró muy joven en un "Registro" (almacén de tejidos por mayor); sus primeras armas fueron el plumero y la escoba del "cadete". Durmió muchos años entre rollos de sargas y brabantes. Paciente, resignado, dócil y listo, fue ascendiendo: empaquetador, viajante, "habilitado", socio, dueño y por último comanditario de los demás que iban ascendiendo. Desde entonces, D. Toribio es una autoridad comercial, con gran prestigio en la colonia española. Las sociedades anónimas, fundadas por americanos, ingleses, franceses, belgas etc. Le ofrecen puestos en los directorios, en compensación de su influencia para allegar el dinero de los españoles a las empresas. Y así reúne muchos y pingues sueldos D. Toribio, además de especular en la Bolsa, con la ventana que da el conocimiento de la marcha de los negocios anónimos.

Don Toribio tiene, aparentemente, una cultura económica mayor que D. Gabino; pero no hay que hacer caso de apariencias; D. Gabino, hombre rural, conoce mejor La Argentina, sus costumbres, sus defectos y sus excelencias. Lo que ocurre es que se expresa un poco peor que D. Toribio. D. Gabino es más terco, más impetuoso, condición propia del hombre que se ha formado en el desierto. D. Toribio tiene cierta propensión a la oratoria de tonos moderados y equilibristas, tendencia adquirida en las asambleas de las Sociedades anónimas, en las cuales, por métodos suaves, y dando el canulo de la gravedad y la ponderación de juicio, procura ser reelegido en los directorios. Ha venido muchas veces a Europa, y ya no sabe cuál de los dos mundos, si el viejo o el nuevo, le atrae más. Don Gabino, por el contrario, no duda; está mucho más americanizado, o acriollado como todo fundador de algo real, duradero y fuerte. Es el padre de un pueblo de "Gabino Fernández", una obra que ha de sobrevivirlo en los siglos. No hicieron más que D. Gabino los fundadores de Roma.

Y por eso me siento más su amigo que de D. Toribio. Y hasta le perdono que ahora apabulle y chafe nuestro orgullo con la superioridad de su

camarote. Un hombre que puede gloriarse de haber fundado "Gabino Fernández" y solo presume de haber pagado el pasaje más caro y es un hombre casi modesto.

\*\*\*

Ya me es familiar todo el pasaje. Vienen muchos comerciantes españoles, casi todos "registreros", que se dirigen a Francia e Inglaterra, a realizar las compras de tejidos para la próxima estación. Todos rodean a D. Toribio, tratando de halagarle, por la influencia que tiene en los bancos de Buenos Aires, para otorgar créditos. En forma empírica y vanilocua, diserta sobre puntos mercantiles. Los "registreros" asienten humildemente. Hay una modestia utilitaria, que consiste en inclinarnos ante la vanidad de los que pueden hacernos algún favor. D. Toribio confunde la posición social con el mérito, y ello le hace decir algunas tonterías, que nunca dijo cuando era pobre. Y es que la pobreza, a falta de otras ventajas, da mucho sentido crítico.

Don Gabino me busca siempre sobre cubierta, porque sabe que le admiro mucho más que a D. Toribio. En el bar del buque, punto de reunión general, se habla mucho de la vida mercantil bonaerense. El otorgamiento de créditos bancarios, es la cuestión batallera. D. Gabino con el ímpetu propio de quien da escape a enconos acumulados, toma la palabra: Los directorios de los Bancos de Buenos Aires no dan plata más que a los comerciantes de la capital y a los amigos para especulaciones. Y a la gente del campo, ini fósforosi ¿Y quiénes son los que hacen patria? ¡Los "pajueranos"! (la gente de afuera, los de la campaña). Yo tengo amigos, todo un pueblo, almacén, pulpería, estancia, colonia, ovejas, vacas, ila gran flautai... Y cuando bajo a Buenos Aires a pedir plata a los Bancos, me dan menos que a cualquier tenderillo que está por "parar las patas" (por quebrar). Los Bancos, amigos, son unos hijos de una gran flauta, que no saben dónde está la verdadera riqueza del "país".

Don Toribio sale silenciosamente del bar. "Se ha marchado –agrega D. Gabino-; ha hecho bien, porque, si me retruca, le iba a cantar el punto." Nos reímos. Y todos pensamos que entre estos dos hombres, tipos representativos de España en América, existe un odio largo y sordo, derivado de fuertes competencias y pasiones comerciales.

Saldo con D. Gabino a pasear por cubierta. La cónyuge del señor Fernández, una señora achinada, cuarentona, gruesa, en quien son visibles los efectos de una fecunda maternidad, va tirada en una hamaca, con un velo tupido sobre los ojos, como eludiendo la contemplación de los abismos. Al

cruzar nosotros, exclama sordamente: "Ay, Gabino; cuando mejor estaríamos en "Gabino Fernández" i

-¿Está mareada?- pregunto a D. Gabino.

- No; está triste: viene llorando todo el viaje, acordándose de nuestra gente, de los hijos, de los nietos, de los yernos, de las nueras. Todo "Gabino Fernández" está lleno, amigo, de Fernandeces. A la patrona que no la saquen de allí.

-Claro; será la reina del pueblo.

-La quiere todo el mundo –dice D. Gabino, con intima satisfacción-. Y agrega: "Yo creo que nos volvemos pronto a la Pampa, sin ver la lista de monumentos, que me ha dado mi yerno, el doctor Ardilleja."

### LA VANIDAD EN ALTA MAR

Don Gabino invita al grupo a tomar té en el saloncito de su camarote. D. Toribio agradece cortésmente, pero rehúsa el ofrecimiento. No quiere verse deprimido, chafado por el lujo con que viaja el fundador de "Gabino Fernández". Los demás "registreros" vacilan. Yo en cambio, le sigo pues admiro sin reservas a este escultor de un pueblo.

La literatura universal ha definido siempre la vanidad como un sentimiento pequeño y deleznable. En este viaje me he convencido de la fragilidad de esta crítica. La vanidad es un sentimiento formidable, el verdadero motor de todo humano movimiento. Vamos aquí, metidos entre planchas de hierro flotante, unos cuantos centenares de inertes criaturas. Arriba, lo insondable e inasequible; abajo, lo abismático. Marchamos entre los tres elementos más terribles de la Naturaleza: el aire, el agua y el fuego, que nos sirven de fuerza impulsora. A estos peligros, se agregan los que ha creado el espíritu guerrero del hombre: los submarinos, las ruinas flotantes. Nuestras vidas, penden de un ciclón, de una ola, de un estallido de las máquinas, de un torpedo, de un choque. Todo ello debiera darnos la sensación de nuestra insignificancia. Pero no es así. La vanidad nos levanta sobre todo **¿lo??????** creado. Nada más grande, ni más fuerte, que **¿??????** yo intimo. Nos contemplamos superiores a todo, porque la vanidad –ya lo ha dicho un filosofo- "usa lentes de aumento", de alcance mucho mayor que los catalejos con que los marinos descubren la ruta que ha de seguir la nave que nos conduce...

*Francisco GRANDMONTAGNE*

,

-